

El Mal, el Cine y los Psiquiatras

INTRODUCCIÓN

Desde los albores de la medicina, las explicaciones mecanicistas escondían la idea de la existencia de algún ser maligno como responsable de la enfermedad y de los comportamientos anormales de los individuos. Al mismo tiempo, hacía su aparición “el brujo”, personaje de gran prestigio y reconocimiento social, que poseía las habilidades suficientes para influir psicológicamente en las personas y dominar su voluntad. Y así, esta concepción mágica de la enfermedad mental permaneció intacta durante muchos siglos.

El hombre sentía como una amenaza la corriente racionalista de la psicología humana que se había heredado de los griegos y romanos, y de esta manera, en la Edad Media e incluso en gran parte del Renacimiento, la demonología y la caza de brujas se relacionaron constantemente con el mundo de los desórdenes mentales. Sólo durante un periodo de la Baja Edad Media, y debido a que todavía perduraban la caridad y el espíritu cristiano, se prestó atención y alivio al enfermo mental.

Una de las primeras instituciones para enfermos, el Bethlehem Hospital de Londres (fundado en 1247), fue ejemplar en ese tipo de cuidados y muy diferente de lo que más tarde se conocería como “Bedlam” (manicomio). Tan buena era la atención a los pacientes en aquel hospital, que cuando salían a casa con sus familias, tras mejorar su salud, se les colocaba un distintivo en el brazo (que no dejaba de ser un estigma) para que pudiesen volver al hospital sin ningún problema. Eran tan bien atendidos, que muchos mendigos y vagabundos trataban de conseguir estos brazaletes para ser considerados pacientes de aquel hospital.



Pero en su conjunto los problemas mentales eran cuestiones que pertenecían al ámbito de los clérigos y no de los médicos, y sus abusos empezaron a ser criticados por muchos precursores de la reforma.

En aquel ambiente caótico, y más concretamente en el año 1487, dos monjes alemanes publicaban el libro de texto de la Inquisición, el “Malleus Malleficarum”, donde se detallaba la forma de identificar, estigmatizar, juzgar y castigar, entre otros, a brujas y enfermos mentales.

Una vez identificados los criminales y los enfermos, se les colocaba un “estigma”, que marcaba al individuo para toda la vida y que frecuentemente consistía en una “señal” provocada normalmente por métodos cruentos, que distinguía a la persona para que fuera reconocida por todo el mundo.

Hoy en día muchos sociólogos han reconocido una tendencia del individuo a etiquetar de forma exagerada aspectos y conductas individuales generadoras de incertidumbre, sentidas como amenazantes o peligrosas que, extendidas posteriormente a todos los de su clase, terminaban por contribuir a la formación de estereotipos compartidos por la mayoría de la sociedad y generadores de rechazo social; rechazo y estigma que siempre acompañaron a muchos diagnósticos médicos que despertaban prejuicios hacia las personas que los padecían, como la lepra y la sífilis, enfermedades que además de identificarse

con la maldad y el castigo divino, producían un gran temor al ser su contagio, físico o moral, de naturaleza misteriosa.

Pero si ha existido una enfermedad que haya sido estigmatizada constantemente a través de la historia, esa ha sido la enfermedad mental; y no sólo la enfermedad o los enfermos, sino también las instituciones y los profesionales que se relacionaban con ellas; y por supuesto, y desde su nacimiento, el cine nunca fue espectador pasivo en esta clase de fenómenos sociales.

Ya nadie duda de que el cine ha traspasado las fronteras del entretenimiento para convertirse en un instrumento que, al igual que ha servido para enseñar, educar y transmitir valores, también lo ha hecho para difundir creencias, tópicos y clichés rígidos y repetitivos, de los que, por supuesto, no se han escapado ni la psiquiatría ni los psiquiatras. Psiquiatría y psiquiatras se han convertido de esta manera, en personajes omnipresentes en los relatos fílmicos; y la sociedad, que poco conocía de la enfermedad y sus instituciones, ha sido inundada por imágenes de enfermos peligrosos y manicomios siniestros, donde se realizaban toda clase de experimentos y torturas, dirigidas por malvados psiquiatras que tenían el poder de encerrar a todo aquel que se desviase de la norma.

Aunque la figura del psiquiatra ha estado ligada al cine en multitud de películas desde el principio de la cinematografía, sólo es a partir de los años setenta cuando se comienza a estudiar, de forma más profunda, las relaciones entre el cine, la psiquiatría y los psiquiatras. Tal es así que, uno de los primeros psiquiatras estudiosos del tema, el Dr. Irwing Schneider, refiriéndose a los estrechos vínculos entre cine y psiquiatría, llegó a decir que: *“si la psiquiatría no hubiese existido, el cine la habría tenido que inventar”*. Y en términos parecidos, aunque en otro sentido y refiriéndose a otro medio no menos importante como la televisión, el maestro Alfred Hitchcock apostilló en una ocasión que: *“la televisión había hecho mucho por la psiquiatría, no sólo difundiendo su existencia, sino contribuyendo a hacerla necesaria”*. Como veremos, han sido muchas las relaciones entre el cine, los medios de comunicación y el mundo de la psiquiatría.

Hace aproximadamente 30 años, el Dr. Schneider estableció una clasificación con tres perfiles diferenciados para los psiquiatras que aparecían en las películas de Hollywood: el psiquiatra “cómico”, que estaba más loco que sus pacientes, el psiquiatra “maravilloso”, humano, bueno y empático, y por último y no por ello menos importante, el “malvado, diabólico y siniestro”. En 2003, Wedding y Niemiec, realizaban otra clasificación en la que agrupaban a los psiquiatras en ocho categorías, desde el psiquiatra ineficaz y arrogante, pasando por el poco ético, hasta llegar al peligroso y perverso. Estos mismos autores, dos años más tarde realizarían una clasificación dual y mucho más sencilla, “psiquiatras equilibrados y desequilibrados”. Ese mismo año 2005, Schultz añadía dos tipos de psiquiatras más a la tipología descrita por Schneider en los años noventa, “el estricto” y “el que cruza los límites”. Pero dado que el tema que nos ocupa es el de “El mal y los psiquiatras”, me he permitido hacer otra clasificación más “sui generis”, algo caótica y sin ningún criterio, y dividir a los psiquiatras en : “psiquiatras malos”, “malos psiquiatras”, y “psiquiatras que se encuentran con el Mal”.

Si definimos el Mal como la ausencia de bondad y el deseo de provocar daño y sufrimiento en los demás, podemos afirmar que esa maldad, que parece ser inherente a la naturaleza humana, el cine la ha reflejado en muchas ocasiones. Una colección de psicópatas, genuinos representantes del mal, han llenado las pantallas en un sin fin de historias y guiones, a veces salidos de mentes calenturientas, relacionados con todos los tópicos posibles habidos y por haber, dentro del mundo de la psiquiatría y los psiquiatras.

Ese es el caso de dos de las películas más taquilleras de la historia del cine, “El silencio de los corderos” y “Psicosis”, que sin entrar a valorar sus cualidades cinematográficas, de las que por supuesto no carecían, lo único que consiguieron fue ofrecer una imagen distorsionada, tanto de los psiquiatras, como de la psiquiatría; porque poco podía aportar a la profesión un psiquiatra caníbal, o el dueño de un motel que tenía a su madre muerta en una mecedora.

Pero si nos remontamos muchos años antes, el mal, el cine y los psiquiatras confluyen por primera vez en una importantísima película muda del impresionismo alemán, que posteriormente influiría en el cine de Hitchcock y de otros directores, “El gabinete del Dr. Caligari” que dirigió R. Wiene en 1929, donde se describía a un malvado psiquiatra, que utilizaba sus poderes para inducir al crimen a su ayudante Cesare. El director R. Wiene recibió muchas presiones de la productora y las autoridades alemanas y terminó modificando el guión, ya que la primera intención de los guionistas fue la de denunciar la actuación del Estado alemán durante la primera guerra mundial, donde Caligari representaba al Estado que inducía a un pueblo dormido a cometer crímenes; sucesos que ocurrirían desgraciadamente 20 años más tarde. Tanto se cambió el guión, que un crítico alemán llegó a decir que la película era un homenaje desinteresado a la labor de los psiquiatras.

La película constituyó un éxito sin precedentes, y entre otras cosas, consiguió romper el bloqueo impuesto al cine alemán por los aliados y aumentar el interés general por la psicopatología y la criminología.



La influencia del Dr. Caligari siguió adelante y en 1922, el director de cine austríaco Fritz Lang, hizo famoso a otro siniestro criminal, el “Dr. Mabuse”, filmando luego dos películas más en los años 33 y 60. Su protagonista era un siniestro doctor que usaba sus conocimientos y poderes hipnóticos y telepáticos, para realizar toda clase de crímenes que preparaba minuciosamente. Fue tal el éxito de la película que se llegaron a realizar más de 30 secuelas en diferentes países, entre las que me gustaría señalar “La venganza del Dr. Mabuse”, del prolífico director español Ricardo Franco.

Este tipo de psiquiatra diabólico se paseó por las pantallas de cine con relativa frecuencia, y ya en 1944 podemos destacar una película de Mark Robson titulada “Bedlam”, en la que Boris Karloff daba vida al malvado director de un viejo manicomio londinense, donde se encerraba a las personas incómodas y se maltrataba a los enfermos de forma sádica y perversa.



Otra película que no pasaría desapercibida fue “El huevo de la serpiente” (I. Bergman. 1977). En la película, que transcurre en el Berlín de los años veinte, se describe una sociedad alemana sin esperanza donde reina el hambre, la pobreza y la miseria. En este ambiente caótico y enfermo, antesala del nazismo, es donde realiza sus experimentos con seres humanos el Dr. Vergerus, que nos acabará explicando la metáfora que da título a la película: *“Cualquiera puede ver el futuro, es como un huevo de serpiente. A través de la fina membrana se puede distinguir un reptil ya formado”*.

Como uno de los tópicos más destacados que rodean a psiquiatras y psicólogos, es aquel que dice que *“los que se interesan por los problemas de la mente lo hacen porque tienen algún conflicto y albergan la esperanza de que el estudio y conocimiento les restaure su equilibrio”*, no es de extrañar que el cine, en muchas ocasiones, haya convertido a los expertos de la mente en verdaderos maestros del mal.

Uno de los primeros psiquiatras perversos, cuya identidad no vamos a desvelar, aparecía en la conocidísima película de A. Hitchcock “Recuerda”, a la que nos referiremos más adelante; en ella el malvado psiquiatra terminaba pasando a un segundo plano, ante la historia de amor y suspense que se proyectaba ante los ojos de los espectadores.

En 1980, Brian de Palma dirige una película de culto, “Vestida para matar”, donde Michael Caine interpreta el papel de un psiquiatra psicópata y asesino con doble personalidad, que además se viste de mujer para cometer sus crímenes.

Un año después, en 1981, otro psiquiatra dirige una especie de hospital comuna de hombres lobo, en el film de Joe Dante “Aullidos”. Y en 1992, de nuevo Brian de Palma riza el rizo con otra película dedicada a la perversidad, titulada “En nombre de Caín”, donde un psicólogo infantil recoge el legado de su padre, psiquiatra perverso que realizaba experimentos varios para convertirse, como no, en asesino múltiple.

En “Quills” (Philip Kaufman. 2000) la trama discurre en el manicomio de Charenton, donde está encerrado el Marqués de Sade, y donde un joven director trata con cariño a sus pacientes hasta la llegada del Dr. Roger Collard, malvado psiquiatra que ha sido requerido por un consejero de Napoleón para poner disciplina y controlar al Marqués. A partir de ese momento Charenton se convertirá en un lugar de tortura.



En 2005, John Polson dirige “El escondite”, donde Robert de Niro, psicoanalista de Nueva York, tiene una hija que se comporta de forma extraña tras el suicidio de su madre. Menos mal que una psicóloga que pasaba por allí, salvará a la niña. Sobre esta película, que el Wall Street Journal calificó de “basura

comercial", se hicieron cinco finales distintos, uno para el cine y cuatro para DVD.

Un veterano de la Guerra del Golfo es ingresado en un manicomio para criminales donde de nuevo, el "psiquiatra malo" le prescribirá un detallado programa de drogas y torturas. Este es el argumento de "The Jacket" de John Maybury, que vuelve a alimentar el mito de hospital siniestro con psiquiatra siniestro; y es que hasta en las películas de espías y más concretamente en "El ultimátum de Bourne" (2007), aparece un psiquiatra al servicio de los que mandan, que se dedica a manipular las mentes de los trabajadores del espionaje. No podemos olvidarnos tampoco del Dr. Teleborean, otro perverso, corrupto, pedófilo y amoral psiquiatra torturador de Lisbeth Salander, en la saga "Millenium". Y al igual que ocurría en el "Gabinete del Dr. Caligari", el psiquiatra diabólico se encuentra, como recurso narrativo, en la mente del protagonista de "Shutter Island" (Scorsese. 2010), psiquiatra al que, por otro lado, se le representa como todopoderoso y omnipresente en una siniestra institución.

Pero ya han pasado más de 25 años desde que el cine nos presentó al psicópata por excelencia, al paradigma del Mal, al Dr. Hanibal Lecter; agresivo, frío, calculador, sin escrúpulos ni sentimientos de culpa y aficionado al canibalismo. Como decía Clarice Starling en la película, *"No existe nombre para lo que es"*. A estos rasgos psicopáticos, característicos de todo malvado, se le unían otros que no aparecían con tanta frecuencia en este tipo de sujetos. La inteligencia, la cultura y la educación perturbaban, aun más si cabe, la figura de este psiquiatra pariente de Mefistófeles.



Hanibal Lecter, como psiquiatra que es, ha aprendido cosas para dañar a los demás, transmitiendo una imagen de omnipotencia que ayuda a favorecer el tópico del psiquiatra dominador y manipulador de la mente humana. Y así, la película “El silencio de los corderos” (Jonathan Demme. 1990), que fue muy premiada en la ceremonia de los Oscars de Hollywood, se convertiría en la primera película de terror en lograr el Oscar y una de las tres películas de la historia (las otras dos fueron “Alguien voló sobre el nido del cuco” y “Sucedió una noche”) en alcanzar los cinco principales premios de la academia (Película, director, guión, actor y actriz) quedando en la retina de todos los que la vieron, al ser un producto cinematográfico excelente que venía a recordarnos el binomio “locura y psiquiatra diabólico”. El Dr. Lecter, además, parecía ser un firme defensor del llamado “Síndrome de breaking bad” (violencia virtuosa) , cuando decide que hay que eliminar de la faz de la tierra a individuos tan despreciables como el Dr. Chilton, director del manicomio donde está encerrado Lecter, y personaje que despierta de inmediato el rechazo del espectador, representando fielmente al psiquiatra trepa, canalla y repulsivo.

Este tipo de psiquiatra miserable, también se ha paseado con cierta frecuencia por el cine. En 1949, Otto Preminger dirige “Vorágine”, donde una cleptómana, casada con un psiquiatra, es influenciada de forma criminal por un hipnotizador que le quiere endosar sus crímenes. De nuevo aparece el tema del psicoanálisis y la hipnosis de andar por casa; y el “canalla” es interpretado por el conocidísimo actor de origen español José Ferrer.

Otros títulos con psiquiatras farsantes y vividores son “El callejón de las almas perdidas” de Edmund Goulding (1947) que nos cuenta la historia de un estafador que se asocia con una psicóloga “no titulada” e inmoral, para timar a persona crédulas con dinero; y la inmejorable “La mujer pantera” de Jacques Tourneur de 1942, donde aparece un psiquiatra psicoanalista mujeriego, seductor de pacientes, e hipnotizador, que con un jerga pueril y mezclando increíbles diagnósticos e interpretaciones de cocina, sorprendía, tanto a los pacientes como a los espectadores en los años cuarenta. De nuevo el hipnotismo estaba presente y además esta vez, el susodicho psiquiatra verbalizaba lo cansada y fatigosa que era la práctica de la hipnosis .. *“el hipnotismo me fatiga tanto a mi como a mis pacientes... usted teme convertirse en una pantera y atacar a quien se acerque... eso es algo muy fácil de resolver para un psiquiatra”*. Posteriormente la película tuvo dos remakes, en el año 1943, “La venganza de la mujer pantera” (R. Wise) y en 1982 “El beso de la mujer pantera” de Paul Schrader, con Natasha Kinsky de reclamo y de mujer pantera. Otro reclamo para la película “Gothika” (Mathieu Kassoritz.2003) fue la actriz Halle Berry, que interpretó el papel de una psiquiatra ingresada en un centro penitenciario para enfermos mentales, donde trabajaban un conjunto de psiquiatras sospechosos de ser amigos del Mal.

Y por último, en “Efectos secundarios” (Steven Soderbergh. 2013), psycotriller farmacológico, también aparece un florido ramillete de psiquiatras de ambos sexos, alguno de los cuales acabará presentando conductas perversas,



criminales y poco éticas, además de traspasar, sin ningún tipo de problemas, los límites de la relación terapéutica; tema sobre el que nos extenderemos más adelante.

“MALOS PSIQUIATRAS” Y PSICOANALISTAS

El 22 de Marzo de 1895, los hermanos Lumière exhibían en París su primera película “La salida de los obreros de la fábrica”, y ese mismo año, Freud iba a descubrir el inconsciente. Estos dos acontecimientos provocarían una nueva forma de ver el mundo, y se establecería entre ellos una relación que siempre acabaría dando muchos frutos. Pero todo no iba a ser un camino de rosas, ya que al principio existió un rechazo frontal del propio Freud hacia el cine, como medio para mostrar la esfera psíquica, declinando incluso una oferta del productor Samuel Goldwin para colaborar en guiones de películas melodramáticas.

G.W. Pabst fue el primero en incorporar el psicoanálisis al cine con la colaboración de Abraham y Sachs, discípulos de Freud. El cineasta alemán llevó a la pantalla el film titulado “Misterios de un alma” (1926), donde se trataba un caso de impotencia sexual transitoria. Karl Abraham, que por entonces era presidente de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis, recibió una carta del propio Freud, donde el maestro le trasladaba sus recelos hacia el cine ... *Estimado amigo: el famoso proyecto no me agrada ... mi principal objeción es que no creo posible ofrecer una representación plástica satisfactoria de nuestras abstracciones ... como no parece del todo reacio a implicarse en este asunto le sugiero lo siguiente ... diga a los productores que no creo posible, a partir de este proyecto, resultados útiles y satisfactorios, no pudiendo de momento dar mi autorización.*

La aparición de películas tan importantes como “El gabinete del Dr. Caligari”, donde aparecería el psiquiatra diabólico, y “El sanatorio del Dr. Dippy”, donde se ridiculizaba la figura del psiquiatra, produjo en los círculos psicoanalíticos de la época un clima preocupante sobre el peligro potencial que el cine representaba para la psiquiatría, sobre todo teniendo en cuenta su capacidad para desacreditar la profesión o escenificar de forma poco adecuada el proceso terapéutico.

Desde entonces, una muchedumbre de profesionales, psiquiatras y psicoanalistas, salieron de la mente de los guionistas y directores de cine, convirtiendo en norma, el uso de toda clase de tópicos que desacreditaban una profesión que poseía unas características muy atractivas para los espectadores, que siempre estaban ávidos de magia y de misterios.

Pabst, pionero del cine mudo, abordaba en “Misterios del alma” el tema de los sueños y el psicoanálisis, apareciendo el primer psicoanalista, interpretado por el actor ruso Pavel Paulov, y donde ya se podía observar esa incapacidad a la que Freud se refería en la carta dirigida a Abraham, donde le trasladaba su inquietud sobre el cine y la posibilidad de que sus ideas fueran tratadas de forma superficial y simplista, como así ocurriría años más tarde.

Pero la figura del psicoanalista como protagonista del film no aparece hasta después de la 2ª guerra mundial, incorporándose a películas melodramáticas y de suspense, entre las que debemos destacar, aunque no fue nunca muy del gusto de su director, “Recuerda” (1945). Esta conocida película de Hitchcock, aunque dedicada al psicoanálisis, acabaría convirtiéndose en un melodrama romántico, donde curiosamente se comenzaría a descalificar a la mujer psicoanalista. De forma sorprendente el psiquiatra y maestro de la Dra. Peterson (Ingrid Bergman) comentaría en una de las escenas que: *“las mujeres son las mejores psicoanalistas hasta que se enamoran, y después de eso, son las mejores enfermas”*.



Este tópico de la mujer psicoanalista que abandona su profesión por amor o se enamora de su paciente, comenzará con “Recuerda” pero se repetirá

posteriormente con mucha frecuencia, demostrando la actitud machista y paternalista del cine de Hollywood.

Desde la primera vez que el Dr. Schneider estudia la tipología del psiquiatra en el cine, hasta el día de hoy, son muchos los autores que han seguido sus pasos; y uno de ellos, Gharaibeh, llegaría a afirmar *“que al 50% de los psiquiatras y psicoanalistas del cine de Hollywood, se les podía calificar de incompetentes y malos profesionales”*. Ante esta multitud de críticas mordaces que el cine hizo sobre el psicoanálisis, los psicoanalistas no tardaron en reaccionar aludiendo que todo era un problema de “pura transferencia”, demostración de lo amenazante e incómodo que el análisis podía resultar para algunos.

El tema del psiquiatra, o la psiquiatra, que se enamoraba del paciente, resultó ser un filón para Hollywood, apareciendo en casi todas las películas que incluían psicoanalistas. Ocurría en “Bajo sospecha” (Robert Benton 1983) y en “Análisis final” (Phil Joanou 1992) donde el psiquiatra interpretado por Richard Gere, no era capaz de resistirse a los encantos de Kim Basinguer y acababa convencido de que un traguito de bisolvón era el responsable del asesinato de su marido. Y también ocurría en la delirante comedia “Aquí un amigo” (Billy Wilder. 1981) donde un extravagante psiquiatra (Klaus Kinski) que tenía un instituto de terapia sexual, se liaba con la mujer del protagonista (Jack Lemon).

Este tipo de películas, donde el psiquiatra sucumbía ante una “Femme fatale”, como en el cine negro americano, proliferaron durante los años 90. Si en “Análisis Final”, era Richard Gere el que traspasaba los límites de la relación terapéutica, en “Instinto Básico” (Paul Verhoeven.1992) era una psicóloga forense (Yoanne Tripplehorn) la que tenía problemas de límites en su relación terapéutica con Michael Douglas, protagonista de la película.

En su secuela “Instinto básico 2” (Michael Caton-Jones. 2006) el que traspasaba los límites, por llamarlo de alguna forma, era un psiquiatra forense que investigaba de cerca a la posible psicópata. En “El color de la noche” (Richard Rush), un psicólogo también presentaba este tipo de problemas. Lo

mismo le ocurría al psiquiatra de la película “Tránsito” (Marc Foster. 2005), cada vez más inmerso en la vida de uno de sus pacientes con tendencias suicidas.

Pero indudablemente, el cine americano trató mucho peor a las mujeres que a los hombres. Ellas, o se enamoraban del paciente, o abandonaban su profesión para convertirse en felices amas de casa. Ejemplo de este “estigma femenino” son películas como “El príncipe de las mareas” (Streisand.1991), “Mr Jones” (Mike Figgis), “Infiltrados” (Martin Scorsese. 2006), donde todas las psiquiatras se enamoraban de sus pacientes o familiares próximos, interpretados por Nick Nolte, Richard Gere, y Leonardo di Caprio respectivamente; y también le ocurría lo mismo a Julie Andrews en “Mis problemas con las mujeres” (Blake Edwards. 1984). Pero en realidad, las estadísticas y las encuestas reflejaban que los terapeutas masculinos eran más propensos, en comparación con sus colegas femeninas, a mantener relaciones sexuales con sus pacientes.



A la mayoría de las psiquiatras, y terapeutas femeninas, el cine las ha presentado como personas débiles, que se complican la vida, con problemas emocionales importantes que intentan compensar con su profesión,

triangulándose con excesiva facilidad y teniendo graves problemas transferenciales que hacían dudar de su competencia profesional; eso le ocurría a la psiquiatra de la película “Casa de juegos” (D. Mamet. 1987) que trataba de ayudar a su paciente, más allá de los límites estrictamente profesionales; límites que también traspasaba la psicoanalista de “Susurros en la oscuridad” (Christopher Crowe. 1992), psycotriller que pasó por la pantallas si pena ni gloria, como le ocurrió a muchos otros durante esta década, y donde los y las psicoanalistas, además de incurrir en problemas éticos y morales, sufrían mucho y lo pasaban mal.

Siempre que en una película aparecía un psiquiatra en el reparto, teníamos un melodrama entre las manos; alguien tendría un trauma más o menos grave; y además habría suspense y todos lo pasarían mal, incluido el psiquiatra; y todo esto ocurriría porque uno de los pacientes, de repente, se convertiría en asesino múltiple con múltiples personalidades.

Pero existen psiquiatras que lo han pasado mal y han sufrido mucho más que estos malos profesionales a los que me he referido anteriormente. En “Cara a cara al desnudo” (Ingmar Bergman. 1976) aparecían las dificultades y la destrucción de una pareja de psicoanalistas; y en “La habitación del hijo” (Nanni Moretti. 2001) la muerte accidental de un hijo, hacía replantearse la vida al psiquiatra protagonista; o también en otra película de Moretti del año 2011, “Habemus Papam”, un psicoanalista ateo era llamado al Vaticano para auxiliar al recién elegido Papa, y no le dejaban salir hasta que estuviese resuelto el cónclave. Pero esas son otras historias y otros guiones, de los que hoy no toca hablar. Como tampoco hoy tocaría hablar de Woody Allen o de Billy Wilder, los dos directores que más han tenido presente en sus pensamientos a los psiquiatras y psicoanalistas. De Billy Wilder no toca hablar porque, aunque fue el azote de la profesión, utilizó sin reservas en muchas de sus películas los estereotipos cómicos para ridiculizar a los profesionales de la psiquiatría, al igual que hizo con otras profesiones. Y con Woody Allen no nos vamos a extender porque, aunque los psicoanalistas están presentes en toda su obra, mantiene con ellos una relación ambivalente que oscila entre el respeto, y el reconocimiento de su incapacidad para solucionar los problemas o curar a la

gente. Pero no sería justo, ya que hemos estado hablando de “Malos psiquiatras” que presentan problemas con la ética y con los límites de las relaciones, ignorar una secuencia de una de sus películas “Desmontando a Harry”, donde Joanne (Kristie Allen) discute de forma desaforada con su marido Harry, que ha mantenido relaciones sexuales con una de sus pacientes, ocurriendo todo esto delante de uno de sus clientes que asiste a la escena mientras permanece en el diván. De esta manera, Woody Allen reincidiría en el estereotipo de la psiquiatra débil de carácter y con problemas emocionales, e incapaz de resolver los conflictos de los demás.

En el renacimiento, un médico llamado Johan Weyer intentó que las brujas, como enfermas que eran, fuesen tratadas por la medicina y no por la iglesia, publicando en 1563 un libro titulado “La decepción de los Demonios” con el fin de refutar el “Malleus Malleficarum”, donde se recomendaba que *“si el médico no podía encontrar una razón que explicase la enfermedad, o si el enfermo después del tratamiento no mejoraba o empeoraba, la causa de la enfermedad era el demonio”*; con lo que muchos enfermos fueron llevados a la hoguera. En aquellos momentos la medicina apenas, podía distinguirse de la demonología preventiva, y sus tratamientos eran sinónimos de exorcismos. Weyer sabía que no todas las enfermedades mentales podían explicarse, pero también sabía que ni las brujas ni los enfermos podían dañar a nadie; y a su vez también comprendía que los médicos, incapaces de curar, supusieran que el demonio seguía poseyendo a los enfermos. A aquel hombre se le despreció y se le tachó de brujo y sus obras no fueron reconocidas hasta varios siglos después.

A pesar de los avances técnicos y científicos del renacimiento, la magia continuó ejerciendo una influencia muy importante que ha sido capaz de llegar hasta nuestros días y que ha propiciado que todavía hayan psiquiatras y psicólogos, que además de ser sacerdotes, aparezcan de vez en cuando en los medios de comunicación como autores de un ritual exorcista realizado sobre algún enfermo mental gravísimo. Este fenómeno y su influencia ha sido recogido por el cine y llevado a la pantalla siempre acompañando a películas de terror.

Por supuesto, tenemos que destacar una película que batió todos los récords de taquilla en el año 1973, “El Exorcista”, de William Friedkin, y que dio lugar a todo un subgénero dentro del cine de terror, donde, casi invariablemente aparecía algún médico o algún psicólogo que se debatía entre la ciencia y el demonio para explicar evidentes cuadros de patología psiquiátrica grave.



En “Stigmata” (Rupert Wainwright . 1999), varios médicos y psicólogos no encontrarán explicación para los estigmas aparecidos en la joven protagonista de la película, por lo que el Vaticano enviará a un ex científico y sacerdote jesuita, Padre Kiernan (al igual que ocurría en “El exorcista” con el también jesuita Padre Karras) para investigar el asunto. Señalar que el papel del Padre Kiernan está interpretado por Gabriel Byrne, que dará vida posteriormente al psicoterapeuta de la excelente serie televisiva “En terapia”.

Otras secuelas, como “El exorcismo de Emily Rose” (Scott Erickson. 2005), se basaron en casos reales donde los exorcismos aparecían, al igual que en la Edad Media, como consecuencia del fracaso de terapias médicas que empujaban a los familiares a buscar otros recursos mágico-religiosos que, aunque no dañaban directamente al poseído, sí podían provocar por negligencia y pasividad su fallecimiento.

En enero de 1999, el Vaticano publicaba el rito católico del exorcismo, actualizando por primera vez el ritual antiguo que databa de 1614, reafirmando que Satanás existía, y exigiendo, esta vez con buen criterio, que los exorcistas consultasen con los psiquiatras antes de realizar dicha práctica. Pero la iglesia tampoco se ha librado de “males más cotidianos”:“Y vio Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas”.... Con estas palabras del Génesis comienza “El club” (Pablo Larraín. 2015) película chilena, dura, siniestra, inquietante y perturbadora desde el primer fotograma, donde un sacerdote y

psicólogo, más inquietante todavía, se encuentra con el “mal”, reencarnado en cuatro sacerdotes criminales que la Iglesia ha retirado y que viven en una casa, cuidados por una monja. El psicólogo tratará de averiguar si tienen conciencia de por qué están en aquel lugar de arrepentimiento.

Pero también hay otros psiquiatras y psicólogos, que aunque no se topen con el demonio en el cometido de sus funciones, sí se tropiezan con sus representantes en la tierra, los psicópatas. Psiquiatras forenses, psicólogos criminalistas y especialistas en análisis de la conducta aparecen continuamente en las pantallas del cine y de la televisión; y hoy en día es muy raro ver películas de policías que persiguen asesinos múltiples, donde no aparezca un psicólogo especialista en toda clase de individuos desalmados y personalidades psicopáticas.

En 1939, Charles Vidor dirige “Rejas Humanas”, donde un delincuente fóbico y su banda se refugiaban en casa del Dr. Shelby, que no tenía más remedio que usar su experiencia terapéutica para, no sólo aliarse con él, sino psicoanalizarlo de aquella manera y concluir que tenía complejo de Edipo. Esta figura del gangster y el psiquiatra se repitió muchos años más tarde, en las dos comedias interpretadas por Robert de Niro y Billy Cristal, así como en la excelente serie televisiva “Los Soprano”, donde paradójicamente aparecía una excelente psicoterapeuta, que realizaba su trabajo de forma impecable (por lo menos en la primera temporada de la serie). Más recientemente en “Trance” (2013), película inglesa del director Dany Boyle, una banda de criminales contrata a un terapeuta experto en hipnosis para averiguar donde esconde el botín uno de sus secuaces, que dice “haber perdido la memoria”.

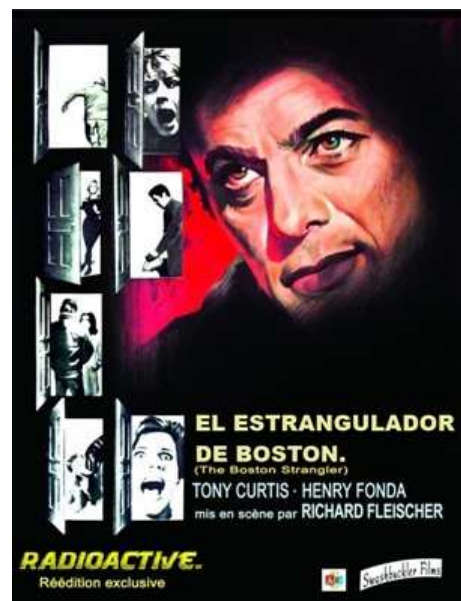
Y Robert Siodmark dirige en 1946 “A través del espejo”, película de intriga donde Olivia de Havilland interpretaba a dos hermanas gemelas, una de las cuales representaba al mal y era una asesina, que sería descubierta por el psiquiatra de turno que averiguaría los motivos que le llevaron al crimen.

Llegamos al año 1959 y Richard Fleischer dirige una excelente película, “Impulso Criminal”, basada en una novela de Meyer Levin, que relataba un

asesinato cometido por dos jóvenes psicópatas de clase alta que pretendían cometer el crimen perfecto (argumento que ya había sido tratado por Hitchcock en “La soga”). En la película se planteaba el tema de la colaboración de la psiquiatría forense en los procesos penales. Pero en este caso tampoco iba a salir bien parada, ni la psiquiatría ni la imagen de los psiquiatras. Los psiquiatras entrevistan a los jóvenes y no llegan a ponerse de acuerdo...; que si paranoico uno y esquizofrénico el otro ... ; que si son locos o no lo son... ; sin llegar a ninguna conclusión ni acuerdo, oscilando entre los impulsos irrefrenables y las reacciones disociativas y mezclando conceptos de las jergas biologicistas y psicoanalíticas. Las valoraciones de los psiquiatras no pasarían a la historia del cine, pero el que si pasó fue el alegato final de Orson Welles, abogado defensor de los dos jóvenes diablos, que trataba de evitarles la pena de muerte y que acababa con estas palabras: *“Si hay una manera de matar el mal, no es matando hombres”*.

Ese mismo año se estrenaba otra excelente película, “Anatomía de un asesinato” (Otto Preminger), donde tampoco se ponían de acuerdo los psiquiatras sobre el estado mental del presunto asesino, como ocurría en “Impulso criminal”, y donde además, el ayudante del abogado defensor, ridiculizaba a los psiquiatras y le comentaba a su jefe, James Stewart, *“que raro es que el psiquiatra no lleve perilla y monóculo”* (estereotipo que nos mostraba Billy Wilder en su magnífica “Primera plana” 1974).

Donde sí quedaba bien el psiquiatra, el Dr. Nagy, era en la película “El estrangulador de Boston”, que también dirigió Richard Fleischer en 1968. El doctor, con su intervención, logra desbloquear la investigación de los trece asesinatos que se atribuían a Albert de Salvo, explicándole al inspector de policía en que consistía la doble personalidad que presentaba el presunto



asesino, interpretado magistralmente por Tony Curtis.

En “Sybil” (Daniel Petrie. 1976), son dieciséis las personalidades con las que tiene que trabajar la psiquiatra (Joanne Woodward). Y la causante de todos los males, como ocurría en aquella época dentro de la psiquiatría, era “la madre”, que además, en este caso, era abusadora y psicopática.

Otra psiquiatra es la encargada de investigar el caso de una joven, en la Irlanda profunda, cerrada y religiosa, que ha intentado asesinar a una niña pequeña a la que cuidaba; y que para darle una vuelta de tuerca más al argumento, no sólo tiene varias personalidades, sino que cambia la voz y habla con los muertos. La película es “Dorothy” y la dirigió en el año 2008 Agnes Merlet.

Y otra psicóloga que lo pasa realmente mal es Helen Hudson, interpretada por Sigourney Weaver en “Copycat” (Jon Amiel. 1995), que se tropieza con el mal encarnado en uno de sus pacientes psicópatas, y que acaba padeciendo una agorafobia que la recluye en su apartamento, con las consiguientes escenas de pánico.

En el cartel publicitario de la última secuela de la saga dedicada a Hanibal Lecter, se podía leer. “Conoces su nombre, conoces sus métodos, pero no sabes como empezó todo”... y podríamos añadir ...¡Ni falta que hace! ... Pero donde sí parece que hizo falta fue en la película “Ciudadano X”. En 1995 Cris Gerolomo dirige esta película donde el Dr. Bukhanosky interviene como especialista y de forma decisiva en la detención del mayor asesino en serie del siglo XX. La película nos cuenta la historia de la investigación y posterior detención del Carnicero de Rostov, que duraría más de ocho años, debido a que la maquinaria burocrática soviética era incapaz de asumir que en su país existiese un violador y asesino de niños. Chikatilo fue detenido seis años antes de su captura definitiva, pero al ser miembro del partido y tener un perfil que no se correspondía con lo que se buscaba, quedó en libertad y continuó matando, mientras la policía seguía deteniendo a homosexuales, vagabundos, enfermos mentales, y toda clase de individuos marginales estigmatizados por el sistema.



"Ciudadano X". 1995

Andrei Chikatilo, sólo se derrumbará, después de muchos interrogatorios de la policía, cuando el psiquiatra, tras realizar un perfil psicológico, le relate punto por punto todo lo que le había llevado a cometer sus crímenes, afectándole sobre manera cuando le alude a su impotencia sexual, temática que nos recuerda la pérdida de control del monstruo asesino de la película "El secreto de sus ojos", cuando la jueza interrumpe el interrogatorio predecible del auxiliar del juzgado (Ricardo Darín) y comienza a poner en duda su virilidad en voz alta. Curiosamente el más famoso asesino múltiple de la historia del cine, el Dr. Hanibal Lecter personaje de ficción del novelista Tomas Harris, no aparece por primera vez en "El silencio de los corderos"; su primera aparición en el cine se remonta a 1986, cuando Michael Mann dirige la película "Hunter", en ella el Dr. Lecter es interpretado por el actor Brian Cox y ayuda a un detective (Interpretado por el conocido actor de la serie televisiva C.S.I. La Vegas, William Petersen) en la detención de otro asesino en serie, al igual que ocurría en la película de Jonattan Demme.

La oscarizada Julianne Moore, no contenta con haber conocido al Dr. Lecter, aparece como psiquiatra forense en "La sombra de los otros", (Mans Marling y Bjork Estein .2010) para desenmascarar a otro posible individuo con personalidad múltiple. En la película, predecible y poco terrorífica, la protagonista mantiene, curiosamente, un debate con su padre, también psiquiatra, sobre las resistencias que aparecen en los profesionales para

cambiar de modelos o paradigmas. Y para terminar, dos películas para olvidar; una que no pasará a la historia del cine, “En la mente del asesino” (Alex Cross. 2012) donde un policía psicólogo se pasará todo el rato persiguiendo a un psicópata; la otra “Sombras tenebrosas” (Tim Burton. 2012) película cómica delirante y poco tenebrosa donde una psiquiatra maléfica es contratada para tratar a un vampiro.

Como hemos visto hasta el momento, los casos de asesinos, monstruos y personalidades psicopáticas individuales, dobles y múltiples han presentado una prevalencia increíble en el cine americano. Y para no ser menos, y como veremos más adelante, el cine español también nos ha mostrado a estos individuos y a los psiquiatras que se toparon con ellos.

EL CINE ESPAÑOL, LOS PSIQUITRAS Y EL MAL

Mientras veíamos en el cine americano, como toda clase de psiquiatras y psicoanalistas protagonizaban infinidad de películas, donde salían a la luz sin ningún pudor sus miserias y maldades, el cine español hizo desaparecer de las pantallas a enfermos y psiquiatras gracias a la política gubernamental, que consideraba de mal gusto, que cualquier tema relacionado con la psiquiatra apareciera en las pantallas de cine.

Durante la primera época de la dictadura, que se caracterizó por el aislamiento político y social, el cine español se fue alejando del cine internacional y sus contenidos se redujeron al cine histórico y a la exaltación del nacional catolicismo y los valores castrenses. Un cine español que como definiría el cineasta Juan Antonio Bardem en el año 1955, era “políticamente ineficaz, socialmente falso, intelectualmente ínfimo, estéticamente malo e industrialmente raquítico.” Un cine español que no sólo era estigmatizado con la conocida frase “*Esto es una españolada*”, sino que además tuvo que sufrir el azote de la censura hasta los años ochenta.

Dentro de esta primera época franquista (1939-1959), de las mil películas que se estrenaron en España, sólo doce estuvieron relacionadas con la psiquiatría, y entre las españolas, sólo merecería la pena destacar, “Manicomio”, película dirigida por Fernando Fernán Gómez en 1955, que a pesar de ser una especie de comedia del absurdo, desacreditaba a los psiquiatras y los calificaba de malos y poco cuerdos. Fernán Gómez relataba varias historias imitando al cine europeo de sketches, intentando reivindicar la locura como elemento subversivo y único modo de escapar de la realidad, convirtiendo el manicomio en el único lugar donde uno podía hacer lo que le diera la gana.

Para esta película, se seleccionaron varios relatos que abordaban el tema de la locura, “el sistema del Dr. Alquitrán y el Profesor Pluma”, de Edgar Allan Poe (que también serviría de argumento a varias películas de manicomios) “La mona de imitación” de Ramón Gómez de la Serna, “Una equivocación” de Alexander I. Kurpin, y “El médico loco” de Leonid Andreyev, donde aparecía un

psiquiatra asesino. El resultado de esta amalgama, fue una disparatada y esperpéntica película, donde se mezclaba lo cómico y lo absurdo.

La historia central de la película la ocupaba el cuento de Poe, donde el protagonista visitaba un manicomio donde se aplicaba una terapia experimental muy poco restrictiva y represora para los residentes y que daba como resultado una inversión de papeles entre los cuidadores y los enfermos, confundiendo los límites entre la locura y la cordura. El ambiente cómico en el que se desarrollaba la película, donde Fernando, el desconcertado protagonista iba a visitar a su novia Juanita, psiquiatra del manicomio de Guadalupe de la Sierra (curiosamente lugar donde se desarrolla la trama de Gran Hermano) no fue del gusto de la junta censora, que pensó que el tema de la locura no era para tomárselo a broma. Era llamativo que muchos de los decorados recordasen al expresionismo y al Gabinete del Dr. Caligari, con marcos inclinados y ventanas irregulares; y también cabría destacar la escena del banquete de los locos, donde cada uno mostraba sus habilidades y donde aparecía Don Camilo José Cela, convertido en burro y dando coces a una señora.



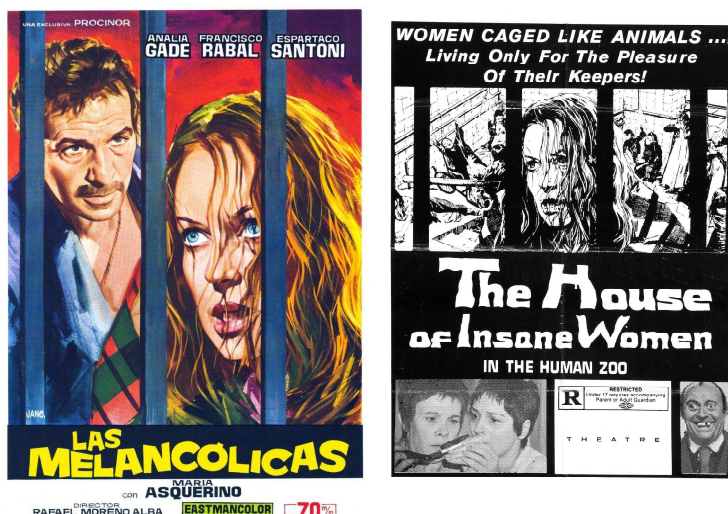
Aunque la censura no nace con la dictadura, sino a principios del siglo XX, si que fue utilizada en el cine y tras la guerra civil para el control, el adoctrinamiento político, la información y la educación. Como muestra, transcribo parte del preámbulo de una orden de 1938: ... "siendo innegable la gran influencia que tiene el cine en la difusión del pensamiento y en la educación de las masas, es indispensable que el Estado vigile ...".

Como hemos señalado antes, la censura no fue un invento franquista, sino del Rey Alfonso XIII que la implantó el 27 de noviembre de 1912 y que se llevó a la práctica por primera vez, por orden del gobernador de Barcelona en 1913, considerando que se debían perseguir las cintas pornográficas, las de crímenes, suicidios, adulterios, amoríos vehementes, robos y malos tratos a niños, aplicándose de inmediato al cine mudo. Primero se censuraba el guión, posteriormente la película, y por último, se debía añadir la autocensura, que por supuesto coartaba la creatividad de los autores.

Pero la censura no sólo llega a las películas, sino también a las salas de cine; y así, en la Encíclica de Pío XI de 1936 "Vigilanti cura", se denuncia el hecho de que: *"las películas se proyectan ante espectadores reunidos en locales semi oscuros, y con relajación, la mayoría de las veces, de sus facultades mentales y sus fuerzas espirituales"*. Mención aparte merece el "Nodo", noticiario obligatorio hasta 1976 y que sobrevivió hasta el 1981, y a través del cual, la gente podía enterarse de algunas de las cosas seleccionadas por el régimen, que ocurrían dentro y fuera de nuestras fronteras.

El 15 de febrero de 1952, se crearía el Instituto de Orientación Cinematográfica, se concretarían los métodos de censura cinematográfica y los criterios para otorgar ayudas y subvenciones. Si la película era de interés nacional, se le daba una importante subvención, si no era así, no se le daba nada. Esta política cinematográfica provocaría que se hiciesen dobles versiones, una para España y otra para el extranjero; moda de la doble versión que originó un

acontecimiento curioso en el año 1972 en Santiago de Compostela, donde día a día y con gran éxito se proyectaba la película “Las melancólicas”.



Las colas en el cine de Santiago fueron interminables, ya que al parecer, en dicha película, aparecían “desnudos” jamás vistos en el cine español, dado que los rollos que llegaron a Santiago fueron los de la versión para el extranjero. Esta película dirigida por Rafael Moreno de Alba y protagonizada por Analía Gadé transcurría en un manicomio de principios del siglo XX, a donde llegaba un psiquiatra reformista interpretado por el famoso Espartaco Santoni. La película fue rodada dentro del periodo tecnócrata de la era franquista (1960-1975), caracterizado por un cierto aperturismo excepto en el cine, donde la censura cinematográfica se endureció todavía más. Películas como “Freud, pasión secreta” de John Houston y “La tres caras de Eva”, no se pudieron proyectar porque se seguía manteniendo la idea de que a las personas había que protegerlas de ciertas visiones no deseables. La enfermedad mental seguía estigmatizada y oculta, y sólo lograba salvar la censura cuando era la consecuencia de algún “castigo divino”.

En 1977 desaparecería la censura y durante los años del “tardofranquismo” y la “transición” aparecen algunas películas donde se muestran patologías psiquiátricas, como “Mi hija Hildergard” de Fernán Gómez y “Mater amatísima”, que se intercalan con películas de destape y de la llamada “tercera vía” del cine español, a la que pertenecen comedias costumbristas que tratan de describir la represión sufrida por el españolito medio, incidiendo sobre todo en los aspectos

referentes al sexo, ridiculizando a una serie de psiquiatras y psicoanalista que aparecen en títulos como “Sex o no sex”, “Vida conyugal sana”, “Profesor eroticus”, “Aunque la mona se vista de seda”, “El erótico enmascarado”, interpretados por Antonio Ozores, Antonio Ferrandis y Luis Sánchez Pollack “Tip”, entre otros afamados terapeutas. Y por el momento, la figura del malvado y diabólico psiquiatra seguía sin aparecer. De este periodo cabe resaltar la divertida e hilarante película “Con el culo al aire” (Carles Mira. 1980) protagonizado por Ovidi Montllor, que ingresa en un manicomio al trastornarse por una relación sexual mantenida con una cantante de un grupo musical, y donde aparece un ridículo y gangoso director de manicomio.

Para encontrarnos con el primer psiquiatra diabólico, tenemos que volver a 1973, año de comienzo de la saga del vengativo psiquiatra hipnotizador Dr. Orloff, con el que Jesus Franco repite película en 1984, “El siniestro caso del Dr. Orloff” y donde curiosamente se retrata en la película el ambiente nocturno de mi tierra alicantina.



Ese papel del Dr. Hipnotizador híperutilizado en el cine, que usa sus artes para que otros, en este caso una paralítica histérica, cometa asesinatos, aparece también en la película de Carlos Aured y guión de Jacinto Molina (el famoso Paul Naschy) titulada “Los ojos azules de la muñeca rota”. De nuevo Jacinto Molina es el guionista de “Una libélula para cada muerto” que cuenta la historia de un asesino en serie cuya firma, al igual que Búfalo Bill en el “Silencio de los corderos”, consistía en ir dejando palomillas en sus víctimas.

En “El juego del Diablo” a raíz del éxito del “Exorcista” y siempre dentro del género de terror, nos encontramos con una psicóloga que es arañada por una niña malcriada y poseída por el demonio, perteneciente a una familia muy disfuncional. “Escalofrío” (Carlos Puerto .1978) es una de esas películas que se consumieron por aquellos años con grandes dosis de erotismo y violencia luciferina, en la que fue añadido un prólogo donde salía el conocido psiquiatra y

parapsicólogo, ya desaparecido, Dr. Fernando Jiménez del Oso que nos advertía de la aparición de centenares de sectas satánicas en España.

Pero no todo iban a ser películas de terror. También las “psiquiatras españolas”, para no ser menos que las “malas profesionales americanas”, sucumbían a los encantos de algún joven de buen ver, como le ocurría a la directora del manicomio que estaba a punto de abandonar Antonio Banderas, por orden judicial, en “Átame” (Pedro Almodóvar 1990). Y continuando con la capacidad que los profesionales de la psiquiatría tenían para saltarse los límites de la ética, Carlos Aured rodaba en 1987 “El enigma del yate” (quédense con el título) donde un psiquiatra aconsejaba a una paciente un viaje relajante en yate con su marido, al que él también se apuntaba con su mujer (todo muy terapéutico). De ambiente mucho más científico es la película “Amores locos” (Beda Docampo .2009) que partiendo del síndrome de Clerambault nos cuenta la historia de un psiquiatra recién separado, que después de muchas dudas, acepta tratar a una paciente que le ha incluido en su delirio pasional. En un determinado momento de la cinta, un amigo neurocirujano le comentara a nuestro protagonista, mientras corren en chándal por El Retiro, “Lo frecuente que es entre los médicos, tener relaciones sexuales con sus pacientes”

Como vemos, en cuanto desaparece la censura, el cine español reutiliza los estereotipos que el cine americano había endosado al profesional de la psiquiatría, repitiendo los mismos esquemas, repartiéndoles pequeños papeles en películas cómicas y convirtiéndolos en protagonistas de los psycho-thrillers.

Encerrada en un sótano, atada a una silla y amordazada, Laura, una joven psiquiatra, contempla un video en el que un hombre confiesa ante la cámara ser un asesino en serie. Así comienza la película del año 2003 “Palabras encadenadas” de Laura Maña; al año siguiente David Carreras dirige “Hipnos” película de terror donde, como muchas otras, se confunde la realidad y la ficción, con psiquiatra femenina alucinando y rodeada del mal por todas partes; donde todos los estereotipos campan a sus anchas; paciente peligrosos, doctores siniestros y prácticas más siniestras todavía, pero sin pies ni cabeza. Ese mismo año veía la luz “Torapia” (Karra Elejalde) película esperpéntica y

cómico-delirante donde Javier Gurruchaga se convertía en un sádico y corrupto director de manicomio que aplicaba de nuevo técnicas de dudosa moralidad. Y en otro manicomio, esta vez extremeño, transcurría la trama de “El hombre de arena” (J.M. Gonzalez Berbel. 2007) donde vuelve a aparecer el director siniestro de siempre con sus diabólicos planes, que por supuesto no voy a desvelar.



“Torapia” (Karra Elejalde. 2004)

“Cruzando el límite” (2010) ópera prima del director Xavi Giménez, nos adentraba en un centro de internamiento para adolescentes donde se utilizaban métodos de modificación de conductas dignos del mejor terapeuta diabólico. Y en “Hijo de Caín” (Jesus Monlleó. 2013) el experto psicólogo Julio Beltrán no estaba, como mínimo, muy acertado al aceptar se contratado “con dedicación exclusiva” por una antigua novia y su marido, para tratar a su hijo, psicópata adolescente y reencarnación del mal, al que solo le interesaba el ajedrez. No les descubro nada, si les digo que la cosa no acabará muy bien.

“Asesinos inocentes” (Gonzalo Bendala. 2015) y “Regresión” (Amenabar.2015) son las dos ultimas películas españolas donde aparece la figura del psicólogo y cuyas temáticas se mueven por los derroteros de la maldad y del suspense.

En “Romasanta, la caza de la bestia” (Francisco Plaza. 2004), el cine español recupera el mito del licántropo, que ya había sido tratado por Pedro Olea en el año 1970 con la película “El bosque del lobo”, para recordarnos la historia de

Manuel Blanco Romasanta, psicópata criminal del siglo XIX, que llegó a asesinar a trece personas, y único caso documentado de licantropía clínica, Romasanta encuentra en la figura de un psiquiatra de origen francés, a su mejor defensor, que intentará por todos los medios que sea declarado irresponsable. En la realidad, aquel psiquiatra llegaría incluso a solicitar y conseguir de la Reina Isabel II la conmutación de la pena de muerte. Romasanta moriría años más tarde en la cárcel de Ceuta.

Y no quiero acabar estas historias, sin rendir un homenaje a un ilustre psiquiatra alicantino. Y para ello quería referirme a una película que rodó Pedro Lazaga, adaptando una novela de Tomas Salvador (premio nacional de literatura de 1954). La película se titulaba “Cuerda de presos”. En ella se contaba la historia de una pareja de la guardia civil que recibía la orden de trasladar, desde un pueblo leones hasta Vitoria, a un asesino en serie para que fuese juzgado.



El personaje del criminal estaba basado en un individuo que vivió realmente en el siglo XIX, Juan Díaz de Garayo, apodado “El Sacamantecas”. Su detención llegó a oídos de un alienista alicantino, y por lo tanto paisano mío, llamado D. José María Esquerdo y Zaragoza. Su incesante actividad profesional le valió el cariñoso apodo de “Dr. Relámpago”, por la facilidad que tenía en desplazarse de un sitio a otro, y seguramente por eso, no tuvo ninguna dificultad en ir a Vitoria para reconocer al famoso “Sacamantecas”. Tanto su informe como el de otros afamados compañeros y seguidores de las teorías de Lombroso, no fueron suficientes para evitar la ejecución de Juan Díaz de Garayo. Poco después, el Dr. Esquerdo dirigiría la autopsia para encontrar las causas de su degeneración; y con estas palabras comenzaba la crónica del periódico *La Vanguardia*: *“El criminal ha dejado de serlo; el cadáver ha resuelto el problema; su cerebro abierto ha manifestado la causa del crimen; su encéfalo ha sido una revelación”*.

A raíz de su implicación en el proceso, publicó en 1881 “Locos que no lo parecen. Garayo el Sacamantecas”, como resultado de dos conferencias que impartió en Madrid, con la intención de acercar aun más la psiquiatría como disciplina al mundo de la jurisprudencia y la medicina forense.

Aunque algunos autores hablan de su escasa categoría como alienista de su época, el Dr. Esquerdo trajo a la psiquiatra española, entre otras cosas y como dijo El Dr. Marañón *“La intuición mediterránea que adivina lo que todavía no se puede saber”*. Y dado que también tuvo una intensa vida política, llegando a ser diputado en el congreso, hay una copla que canta:

*“Fue Esquerdo el mejor Doctor, en locura y muy humano,
fue también orador, gran líder batallador del credo republicano.”*

Desde hace 20 años y a instancias del que escribe estas líneas, la Diputación de Alicante puso su nombre al actual Centro Socio Asistencial que venia a sustituir al antiguo manicomio de la Santa Faz, cuyas puertas atravesé por primera vez en el verano de 1977 y donde, por primera vez en mi vida, tuve conciencia real de lo que significaba la palabra “estigma”.

Algunos psiquiatras, sobre todo los que después de cien años siguen enamorados, dirán que su relación con el cine siempre fue muy satisfactoria. Otros, por el contrario, sobre todo los de formación psicoanalítica, dirán que la relación no fue tan idílica; que el recelo y la suspicacia aparecieron desde el primer momento, y aunque existió una época de luna de miel, nunca llegaron a alcanzar altos niveles de confianza mutua. Y otros, irán todavía mas lejos, y se referirán a la relación como “rígidamente complementaria” donde el cine siempre habría llevado la iniciativa dejando en muchas ocasiones mal parada la figura del psiquiatra, situaciones que en muchos momentos llegarían a recordar ciertas formas de maltrato.

Pero dejando a un lado el pasado y las interpretaciones, siempre subjetivas, de gran parte de los actores implicados, lo cierto y verdad es que en el momento actual, las relaciones entre el cine y los psiquiatras se han modificado tanto cualitativa como cuantitativamente. Prueba de ello es que en los últimos diez años, de las cerca de cuatro mil películas estrenadas en España, sólo en un dos por ciento aparece de alguna manera la figura del psiquiatra y casi siempre ocupando papeles secundarios.

Da la impresión que nos encontramos ante “los límites de crecimiento de la relación”. Este fenómeno sistémico, nos recuerda que tarde o temprano cualquier sistema en crecimiento se encontraría con una resistencia dentro o fuera de él, que le impediría seguir progresando, salvo que existiese un cambio cualitativo. Es muy probable que la normalización de la figura del psiquiatra dentro de la sociedad, con la consiguiente pérdida de sus caracteres mágicos y misteriosos, junto al reiterado abuso que el cine ha continuado realizando con muchos de los antiguos estereotipos, hayan provocado poco a poco una disminución del interés de los espectadores por cierto tipo de películas con psiquiatra incluido.

De todas formas, esperemos que en el cine, “ese invento del demonio” como dijo Antonio Machado, sigan apareciendo guionistas y directores con talento (y con intención de no seguir maltratando a los profesionales de la salud mental) que nos saquen de este periodo letárgico y aburrido.

Y si no fuese así, siempre nos quedará Billy Wilder.